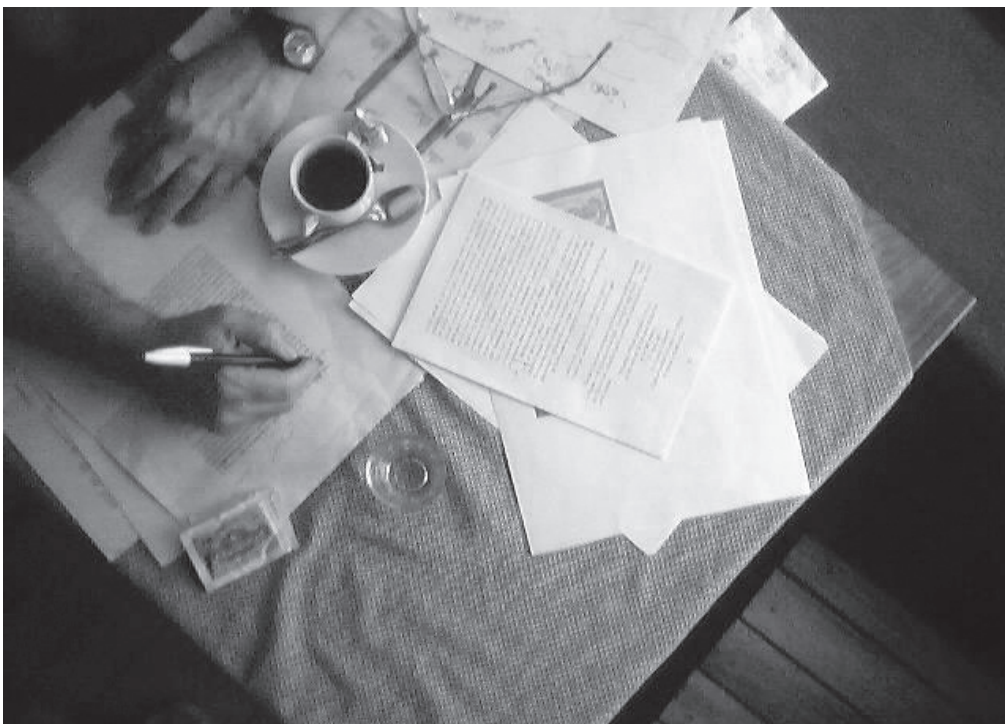


# El café itinerante de los poetas

Raúl Renán

El ala sur del teatro Peón Contreras construido en Mérida en 1909 y cuya fachada tenía toda la traza de los teatros europeos de la época, la ocupaba un café restaurante distinguido, a donde acudían los asistentes a los espectáculos nocturnos. Ubicado en el centro mismo de la ciudad era lo que se llamaba un lugar para ricos. A la cafetería se entraba por las dos puertas de la esquina; otra lateral que

miraba a la Tercera Orden, conducía al salón comedor. La primera sección estaba ventilada gracias al movimiento del aire entre las puertas anchas: el aire circulaba denso casi siempre de una entrada a otra, lo mismo los parroquianos que buscaban tomar el café para calmar el sopor de la tarde. Frontal a la Universidad, el café era perfectamente visible desde el salón de Lógica. A las tres de la tarde lo



veía deseando con ansiedad que die-  
ran las siete de la noche para ocupar  
mi mesa redonda y saborear mi pri-  
mera greca. Los asiduos al Café Peón  
Contreras confirmábamos la amistad  
diariamente y nuestro otro hábito: la  
poesía. Éramos unos cuantos escrito-  
res en ciernes ansiosos por ser recono-  
cidos como poetas: leíamos el poema  
reciente y entre que gustaba o no gus-  
taba, preparábamos el otro para el día  
siguiente. También exhibíamos el li-  
bro de lectura en turno que poníamos  
sobre la mesa como el juego abierto.  
José Peón Contreras (1843-1907) fue  
un poeta y dramaturgo de Yucatán  
que llegó a ser reconocido en todo el  
país por sus obras de teatro intensas  
y novedosas. Buen signo protector  
de un grupo de jóvenes del siglo XX  
yucateco que trataba de escribir. Yo  
impulsaba con mi tenacidad temprana  
la reunión literaria todas las no-  
ches. Dos maestros de artes plásticas  
compartían con simpatía nuestras "co-  
sas" en el café. Uno de ellos era lector  
de los griegos. Y nos marcó, a mí por  
lo menos, con esa rareza hechizante.  
Mi siguiente paso fue *La Iliada* en la  
traducción de Segalá y Estalella que  
Vasconcelos llevó a todos los hogares  
con tapas verdes.

Mi traslado a la Ciudad de México  
me obligó a abandonar todo menos la  
costumbre del café en la cafetería. Lo  
que es variable son los contertulios, a  
ellos los encontraría en cualquier par-  
te. Traía de Mérida una tarjeta para

Andrés Henestrosa, a la sazón direc-  
tor de Literatura de Bellas Artes. Me  
dio trabajo. Después, invitado por mi  
querido amigo Francisco Zendejas,  
gran promotor cultural que no hay  
que olvidar, llegué a Sanborn's de  
los azulejos donde Henestrosa capi-  
taneaba una tertulia obligada. Una  
academia abierta. Un congreso de  
plumas y voces alumbradas por el  
domo de una terraza llena de plantas  
y hombres. Todo era deslumbrante.  
Me deslumbré y me llenó de envidia,  
de verdadera envidia que es querer  
lo del otro, querer ser el otro en su  
papel triunfante en la sede magnífica  
del Sanborn's de esa casa colonial con  
su coraza de azulejos que ha resistido  
los años. Me gustó más oír y obser-  
var. De todos modos me llené de la  
grata emoción que da el sentirse en  
un lugar ideal, el gran café del mun-  
do que multiplicaba por mil el de mis  
inicios en Mérida. En esos años de  
los sesenta, en Sanborn's vi, oí y tra-  
té a tantos escritores de fama, entre  
la trama de los dedos se me queda-  
ron para siempre, el más imponente  
de los conversadores, el embajador  
César Garizuriena y esa maravilla  
de persona, imagen del intelectual  
profundo y llano a la vez: Octavio  
G. Barreda. Apuntaban al cielo hasta  
romper el domo desde sus sillas de  
café, en charla de fuego, Ernesto Me-  
jía Sánchez, Jorge Hernández Cam-  
pos y Ricardo Garibay. El impulso  
de su conversación los empujaba a la

puerta del café y los conducía a recorrer ida y vuelta la avenida Madero. Juventud con la promesa en el gesto y la voz. Personalidades a grandes zancadas. El tiempo ya lo dijo.

Estos jóvenes y muchos más, entre ellos Rubén Bonifaz Nuño, Enrique González Casanova, Fausto Vega, estudiantes de la preparatoria, cruzaban la calle Justo Sierra para hablar con grandes voces premonitorias de las obras que harían más tarde, en el café.

Entre semana, por las tardes, iba al Café París a tomar un express que nos servía la *belle Natasha*, que empezaba a noviar con Luis Moncada Ivar, que entonces escribía su *Perros noctívagos*. Narrador desatendido,

disfrutaba como yo las conversaciones del pintor Fernando Leal quien como a Luis su vida en París los envenenó para siempre. Todo era inferior para ellos como para el senador La Ciura del cuento de Lampedusa después de amar y ser amado por la sirena. Leal traía el dictado artístico e intelectual de Maldoror. Entre los parroquianos del Café París de fines de los cincuenta nutrido de escritores, algunos poetas escribían. Las mesas y las sillas comodísimas de mimbre al estilo francés, los arraigaba horas. Uno de ellos, Daniel Castañeda, escribía su teoría fonética de la metáfora, ensayando con su voz profunda. Lo que quedaba de los "pavorosos" Nazario Chacón Pineda, Aurora Reyes

Sanborn's de la Casa de los Azulejos, Ciudad de México.



y Adela Palacios, también leían y corregían sus poemas en el café, había otros poetas; Horacio Espinosa Altamirano, contestario; el sonetista Bartres, puntilloso con la rima y Max Krongold, autor de *Me llamo Elías* publicado en Ediciones Amigos del Café París, entusiasta promotor de su obra lírica. Alguien comentó que en alguna de esas sillas llegó a sentarse Antonin Artaud y Max Enríquez Ureña emitía sus magistrales charlas en tono conversacional ante sus compañeros de mesa y oyentes que se acercaban a oír una clase de literatura en aula de ocasión. El París representó en su época el modelo del café literario en todas sus modalidades, incluso la de celebrar lecturas en *mezannine* construido para tal uso. Su promoción editorial fue admirable. Esto fue lo poco que vi en las postimerías de ese café que funcionó hasta el mito mismo.

Ermilo Abreu Gómez en su calidad de periodista fue asiduo del Café La Habana, entre otros periodistas de los sesenta. Para verlo fui algunas veces a ese lugar de oloroso aroma donde no faltaba la discusión sobre sintaxis, inevitable en la forma de vivir la literatura de Abreu Gómez. Otro era Renato Leduc con quien mi encuentro trajo como consecuencia el regalo de su *Prometeo sifilítico* escrito a máquina. Las charlas con Renato tenían la pintura variada de la política, el deporte y las mujeres. Las mesas en la banquetta del Café de Flor en

Paso de la Reforma ofrecían el atractivo del aire contaminado libre a escritores adictos a la pócima incitante. Compartí mesa con Renato Leduc y Juan Duch. En otras mesas los editorialistas de *Excélsior* tensaban los nervios con sendas tasas de express. La escritura en el Café de Flor era inmediata. De cualquier manera las tertulias de café son como refiere Ramón Gómez de la Serna: "de amistad y por incidencia... de iniciación literaria", yo diría de *pasión literaria*.

Mi visita a cafés literarios se extiende a Guadalajara (el Madoka sede de peñas y lugar obligado para todos los escritores desde Juan Rulfo). Aguascalientes y Monterrey; mi cita con escritores en esos establecimientos donde discernía asuntos de poesía: lectura de libros, listas para publicarse, el poema a prueba, algún curso-taller, la edición en cierne.

En un café conocí al mostrosamente prolífico escritor Max Aub, mofa en su tiempo por tanta escritura: reciba usted el *Excélsior* y un libro de Max Aub. Hoy está siendo reconocido con pasión en España.

En un café conocí a León Felipe mandarín del Sorrento, lo fue después del Trevi: escuchas y seguidores.

En un café conocí a Juan Rejano: cuerpo y alma gitanos.

En un café de las Galerías Excélsior conocí a Juan Rulfo, de saco, corbata y Premio Xavier Villaurrutia creado por Francisco Zendejas y a



Cipriano Rivas Cherif, elegante crítico de teatro.

Al café de Sanborn's iba yo con Elías Nandino a hablar de *Estaciones* y de su director sucesor. Él se tomaba una taza del menjunje y medio bisquet con mermelada de naranja.

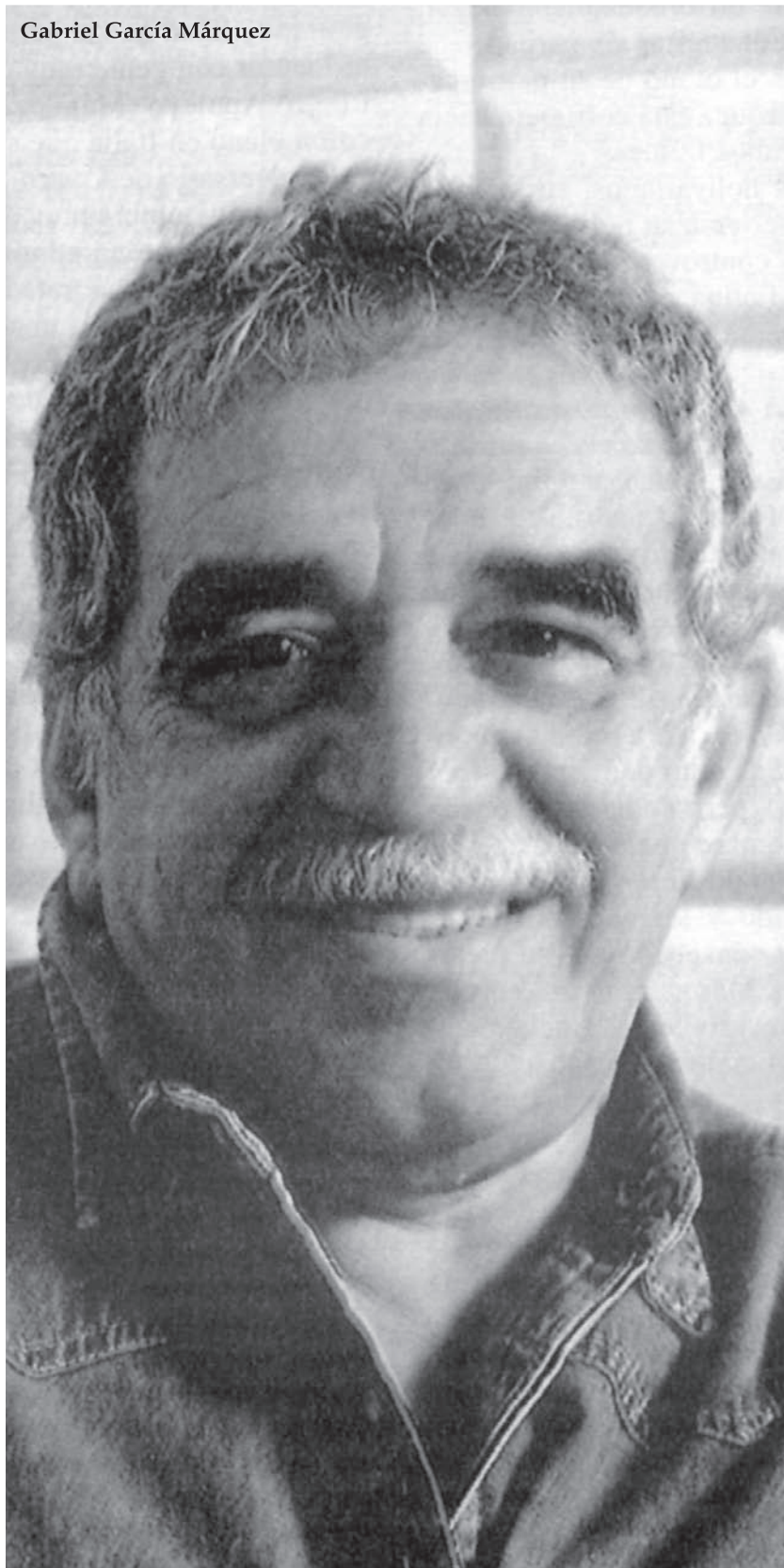
El Café de las Américas fue mi estación de arribo propiamente dicho. Cuanto escritor amigo se dejaba lo arrastraba a tomar un café en ese reducto recurrente de muchos satélites. Varias veces compartí con Juan Rulfo la sección exterior de ese establecimiento, expuesto al humo y escapes abiertos de los camiones de ruta. Juan hablaba con mi mudez con desmedida elocuencia. Iba yo por él a su casa en la glorieta de Chilpancingo; pasábamos de rigor a la Librería de Cristal contigua al cine a su vez contiguo al café. En ocasiones lo compartíamos Francisco Cervantes y yo. En las Américas ocurrió por estas fechas un acontecimiento inaudito; no sé por dónde vino la convocatoria ni de quién fue la orden, lo cierto es que acudimos de buen talante a tomar un café y hablar de cosas de la cultura del momento y subrayando que reuniones como esas debieran repetirse con frecuencia; compartimos una larga mesa Eraclio Zepeda, Jaime Shelley, Jaime Labastida, Juan Buñuelos, Gabriel García Márquez, Fernando Espejo y yo. Para lo que sirvió este encuentro fue para enriquecer mi anecdotario amistoso.

En el Café El Tirol durante la época en que la Zona Rosa llenaba sus arcas de juventud brillante e inteligente, coincidí con la llamada "mafia" a la que supuestamente pertenecían, si no los más talentosos, los más audaces del arte en gestación. No hubo uno de ellos o pretendiente a serlo que no acudiera a El Tirol. Desde luego, las

Juan Rulfo



Gabriel García Márquez



tazas de café llenas de conversación no se enfriaban en los labios de los que más hablaban. Pintores, actores, escritores, cineastas, directores de teatro, músicos, ocupaban las mesas que hacían como una enorme mesa de tan juntas. El de aquí podía hablar con cualquiera del derredor con sólo girar el cuello. Una sola tertulia que cambiaba de matiz conforme se alejaba y cambiaba a otro tono cuando regresaba. Los amigos estaban juntos: aquí Francisco Cervantes, Homero Aridjis, Rafael Alcérreca y yo; allá Horacio Caballero, Pedro Miret con su impresionante timidez hostil, Juan García Ponce y su hermano Fernando. Carlos Fuentes, Federico Cambell, René Rebetez, Tony Sbert el dueño, Emilio García Riera, *la Bruja* González de León, *el Perro* Estrada, Juan Ibáñez, Margules, Julián Pastor, Enrique Rocha, José Luis Cuevas. Arabela Arbenz estaba en el centro. Pilar Pellicer y Silvia Lemus entre otras mujeres. No había quien escribiera entre el fragor de las opiniones. Se decía que Fuentes escribía en las tardes. García Márquez iba en las mañanas. Yo sorbía, distraído como siempre, mi café sin sabor. Realmente en reuniones multitudinarias el café es el que menos sabe. Los libros en el bolsillo de los consumidores de las editoriales recientes: Era, Joaquín Mortiz y Siglo XXI, salían a la mesa para mostrarse. En los dedos vibrantes de los más jóvenes latían las futuras obras que



después estarían en las librerías. Los campos de práctica de entonces eran la *Revista Mexicana de Literatura* y *El Corno Emplumado*.

Existía entonces el Café Carmel de Jacobo Glantz. Cada vez que iba me encontraba con escritores y pintores que buscaban con quién intercambiar las ideas del arte hecho o por hacer. Eran otros los personajes que ordenaban sus movimientos en ese marco. ¿Cómo se entiende esa búsqueda? ¿De dónde deriva el impulso por acudir al café de artistas? ¿Es que allí encontraremos al semejante, al igual, mejor dicho, al que entiende la letra como nosotros, al que tiene en la mente el punto de arribo aunque de estructura diferente? El arribo por medio de la construcción de la obra. Caminar en las letras: losas del sendero. No lo sabían de cierto, los que asistían para hacerlo en el Carmel: Julieta Campos, Luis Mario Schneider cerca de Margo Glantz, Gabriel Zaid, Jaime García Terrés al lado cordial de Celia Chávez, Carlos Illescas, Elsa Cross, Juan de la Cabada, Telma Nava, Raquel Jordovsky, Sergio Mondragón. Yo asomaba la cabeza con el lápiz en la mano. Aún no sabía que iría a escribir. Seguramente tenía en la mente que en el café encontraría la obra asignada.

Aparece El Ágora. Allí, el gran capitán era Juan Rulfo. Su lugarteniente, Mempo Giardinelli. Otros en juego hacían una lista sin fin. Ahí

también, café entre libros se preparaba la gran obra que harían entre todos. Yo con mis letras errantes me dejaba mover por los aires de quienes ya tenían vuelo. Era yo invisible. Mis andanzas librescas me condujeron al establecimiento de Polito Duarte: Libros Escogidos, frente a la Alameda Central. Los sábados concurrían a ese lugar decenas de artistas, los escritores hacían la mayoría y entre ellos, casi todos amigos, los había adeptos a las bebidas embriagantes y también al café. Sólo en una o dos ocasiones Polito mandó traer café del vecino hotel Cortés. En Libros Escogidos edité *Papeles*, pliego seriado de literatura, que pretendía recoger pequeños textos de los concurrentes, el gran Otaola a la cabeza, y los narradores Pepe de la Colina y Juan Manuel Torres. También surgió una colección de únicamente cuatro libros de poesía cuyo pie editorial registraba el nombre de la librería. El cierre de la librería Duarte, por razones del agio legal o ampliación del Banco de México, nos desbandó a todos. Era 1976. Unos cuantos adoptamos el Café Alto, en la cuchilla de Insurgentes y Culiacán. Un pequeño pasaje con un mostrador y una máquina de molido de café, 10 mesas aproximadamente, hacían el lugar que en poco tiempo se convirtió en el punto más concurrido por los escritores en formación de esos años. Poetas: Carlos Isla, Guillermo

Fernández, Francisco Hernández. Antonio Castañeda, Miguel Flores Ramírez y yo, integramos el núcleo de la sede. Otros grupos de intereses comunes se ubicaban en otras mesas. La Máquina Eléctrica, editorial que fundé con los poetas mencionados, fue la fuerza motriz. Publicó libros en orden alfabético desde del primerizo Joel Piedra, poeta físicamente desaparecido, hasta Alaide Foppa, cuyo fin aunque político fue semejante. En torno a La Máquina Eléctrica surgieron libros, revistas y periódicos: daba inicio la tormentosa época de las publicaciones llamadas marginales o prensa independiente, a juicio de otros. La única imagen de escritor de café la representaba un matemático que se pasaba muchas horas diarias escribiendo números infinitos sin cesar, "aferrado a la mesa como un naufrago abatido por las olas", diría Claudio Magris. Los sábados se mezclaba con nosotros y con mis hijas pequeñas que con lápices de colores garrapateaban una literatura figurativa templada con el "desinterés que corrige el delirio de omnipotencia latente en la escritura" otra vez Magris, la que todos escribimos.

La transformación del Café Alto en sitio útil, financieramente hablando, nos arrojó a la calle en busca de un café que quisiera dar acogida a un grupo errático con signos comunes por cuya suerte

podían ser leídos. Anduvimos con nuestra carpeta editorial. Primero desembarcamos en el Café de Las Américas, era ruidoso por fuera y oscuro por dentro. Descubrimos el café de un sanatorio en la calle de Aguascalientes pero, ¿qué poesía puede ser posible entre gente de blanco y olor a desinfectante? Cruzamos a la acera de enfrente para abordar Sanborn's y no tuvimos cabida entre enchiladas suizas y jugos rojos de siete frutas. Eso sí, había peligro de confundir los juicios políticos de mercaderes en ascenso y niños "bien" también en ascenso con el pasaje poético de un nuevo poeta.

Carlos Isla supo que un amigo de Roberto Vallarino había montado en la calle Orizaba de la colonia Roma, una cafetería elemental en un cuarto de paredes encaladas blanqueadas, una registradora antigua sobre una mesa alta, una cafetera que hervía sin parar y un dueño joven que era todo a la vez: preparaba el café, lo servía, cobraba y de seguro era un partícipe mudo de nuestras conversaciones porque también era escritor vergonzante, es decir, honesto. El negocio no fraguó. Recogimos nuestros poemas inéditos y nos trasladamos a la Bella Italia, delicioso establecimiento fundado para servir helados finos que hicieron fama en la Roma de la primera mitad de este siglo XX que expira. Allí nuestra alquimia era con otro componente más tierno. Los niños de





las familias que acuden a saborear los helados, gritos, agitación y circulación constante al baño, entre nuestras mesas en cadena para no desmembrar la reunión. A los atropellos del ritmo de un poema se sumaba el de los pequeños corriendo al sanitario. Pero otra cosa nos ahuyentó, la fiereza del dueño que ya sin paciencia por la edad no toleraba nuestra presencia poco productiva para la caja. Perdimos el paisaje de los carteles italianos en las paredes que nos ambientaban deliciosamente. No obstante nuestro deambular de cafeteros letrados, nunca se detuvo la producción de libros, revistas y periódicos. No faltaba sobre nuestras mesas la novedad editorial, sábado tras sábado.

Sin pedirlo pero deseándolo un día de esos nos llegó a las pequeñas mesas de la Bella Italia, la invitación para cambiarnos a la cafetería de la Casa de las Brujas, recién abierta, que ofrecía el complemento ideal de una librería. Estaba ubicada en la misma calle de Orizaba, frente a la Plaza Río de Janeiro donde en medio de una fuente se erguía esbelto el cuerpo del David. Aceptamos que el cambio a la Casa de las Brujas dejaba atrás la cultura clásica aunque montada en cuadros pobres (los arcos del Circo Romano, la Plaza de la Señoría, la Torre de Piza, el León de San Marcos, el Ponte Vecchio) y entraba a la era moderna de fibra y plásticos, y una estridencia de colores concebida por



La Casa de las Brujas

los iconoclastas del rock y montados en las paredes de la breve habitación. En la librería del primer empresario posmoderno nos proveíamos de buena lectura, libros de los llamados "clavos" por ser para lectores especializados muchas veces obtenida a plazos. El café era bueno en calientes expressos, gustaba a los jóvenes visitarnos en ese lugar que en las noches ofrecía cerveza al dos por uno y música de rock experimental. La quiebra del negocio nos alejó de la Casa de las Brujas, pero como de ahí a la Casa del Poeta sólo había un paso, acudimos en masa creyendo que nos daría posada Ramón López Velarde, pero en Las Hormigas lo que menos se ofrecía con música o en los recitales en la noche era café. De día estaba cerrado.

De regreso por la calle de Córdoba descubrimos un lugar nuevo que al estilo europeo ponía mesas en la calle. Acampamos de lleno en el Café Córdoba. Acudieron a nuestro llamado muchos escritores que descubrieron que además de café podían tomar vino con queso y que incluso podíamos llevarlo en el morral. Fue el más "cosmopolita" de los sitios de reunión: recibimos amigos de Francia, Italia y Viena: la poesía se enseñoreó en los idiomas de los visitantes, invitados de Guillermo Fernández, Héctor Orestes y míos. Alguna vez se apareció por ahí Valerio Magrelli con sus percepciones. Yo sólo había hecho incursiones a otros cafés. Dos o

tres veces compartí la mesa del poeta español Juan Cervera, cafetero de corazón, en el Café Reforma, frente al periódico *Excelsior*. Con Xorge del Campo, Carlos Illescas, Raúl Rodríguez Cetina entre otros discutían sus trabajos y reunían las colaboraciones de un suplemento semanal de *Ovaciones*. A un costado de una cerca de libros en venta, estos escritores usaban la literatura para dominar el rumor del vocerío indescifrable.

El Juglar en la colonia San Ángel Inn descargaba a los compradores de la librería del mismo nombre. Café en las alturas. Escritores en medio de la indiferencia deslizaban furtivos el poema como cosa prohibida, droga ingerible por los ojos al momento. Ahí tomé café con Francisco Hernández y Carlos Isla después de la presentación de algún libro. Y con Mónica Manzour y Agustín Monsreal dilucidamos un premio literario, con la pujanza que hay que poner para descubrir la joya por menor que ésta resulte al cabo del tiempo.

Daniel Sada, habitante como yo de la región norte de la ciudad, gustaba del buen café del Mozart en el centro comercial de Ciudad Satélite. Usamos el lugar para hablar de la literatura de nuestros autores. Se nos iban las horas comentando a Rulfo y bebíamos grandes sorbos de Arreola y Martín Luis Guzmán. Las audacias de Sada las coronaba con un largo y articulado reír. Cuando Sada tuvo



que ausentarse de la ciudad regresaba, meses de por medio, para vernos entonces en el Deny's de Periférico Norte. Ya había entonces iniciado su ambiciosa saga narrativa con decenas de cuentos y novelas.

Los mismos amigos, los errabundos de café desde El Alto huimos fumigados con las ratas de El Córdoba al Café au Lait, atendido por jóvenes bellas de la Condesa.

Siguiendo los pasos de la poesía llegamos los que aún no estábamos fatigados, a respirar los olores embriagadores de Las Flores del Mal, café restaurante de la Casa Lamm. El jardín donde debimos estar desde siempre. Baudelaire por delante con el vino tinto amenazando hacer a

un lado el café. Pero Eduardo Milán, Jorge Fernández Granados, Ernesto Lumbreras y yo somos leales a la pócima inspiradora de las mejores letras del mundo de antes y algo aunque mínimo del de hoy.

Los nombres de escritores mexicanos de este último cuarto de siglo que han pasado por esta tertulia itinerante; los libros y revistas que han surgido de su pluma o bajo su influencia; los poemas y escritos que han circulado en sus mesas, aquí o allá, son numerosos. La única verdad permanente en las rayas de la libreta son los signos indelebles de "la manía de escribir" como dice el escritor italiano Valerio Magrelli. Historia escrita con café.





A su Salud General  
brindamos en este día  
un exquisito Cristal  
es Yucateca y muy fría.

**CERVECERIA YUCATECA, S. A.**  
ORGULLO DE YUCATAN



DE AQUÍ A UN SIGLO

CEMENTO  
TOLTECA  
PORTLAND

Los Turistas admirarán las construcciones hechas hoy con el insuperable  
**CEMENTO TOLTECA**  
que se conservarán tan fuertes y majestuosas como las maravillosas Ruinas Mayas.

65-474      **DISTRIBUIDOR: EMILIO SEILO**      ERIC. 27-00

**Lencero Alvarez**  
"LA MAR"  
Desear a sus familiares allegados y público en general muy felices Pascuas y Año Nuevo.  
Mérida, Yuc., Méx.  
1941-1942

**ANGEL VILLEGAS**  
Desear a sus familiares allegados y público en general muy felices Pascuas y Año Nuevo.  
Mérida, Yuc., Méx.  
1941-1942

**"El Salón de la Moda"**  
Desear a sus familiares allegados y público en general muy felices Pascuas y Año Nuevo.  
Mérida, Yuc., Méx.  
1941-1942

**Adolfo Chauvet G.**  
Desear a sus familiares allegados y público en general muy felices Pascuas y Año Nuevo.  
Mérida, Yuc., Méx.  
1941-1942

**La Farmacia "Victor Puerto Palma"**  
Desear a sus familiares allegados y público en general muy felices Pascuas y Año Nuevo.  
Mérida, Yuc., Méx.  
1941-1942

**La Joya de México, S. A.**  
Desear a sus familiares allegados y público en general muy felices Pascuas y Año Nuevo.  
Mérida, Yuc., Méx.  
1941-1942

**"La Balsa"**  
Desear a sus familiares allegados y público en general muy felices Pascuas y Año Nuevo.  
Mérida, Yuc., Méx.  
1941-1942

**1941-1942**  
Damos las gracias a nuestra H. clientela y público en general por los favores que han sabido dispensarnos en el año que termina, y les deseamos un  
**Año Nuevo próspero y feliz.**  
**¡Si es papel de papel NOSOTROS LO TENEMOS**

—Soy indio, por tal razón, don Gonzalo lo aconsejo, que aproveche la ocasión honrando a Nachi-Cocom y no al "chán dral" de Metzup.

**1942**  
**T. E. DUTTON**  
Desear a sus familiares allegados y público en general muy felices Pascuas y Año Nuevo.  
Mérida, Yuc., Méx.  
1941-1942

—Soy Pich, mal agredido, no debéis tener pendiente que roja nuestra sangre ha sido, más hoy, líras así, subido, cual tinta de pisaeforte.

**"Colonial"**  
EL TEATRO DE LOS EXITOS  
desear al culto público yucateco Feliz Año Nuevo  
Enero 1º de 1942.

**LA GRAN ZAPATERIA "EL CIELO"**  
Desear a sus favorecedores y amigos toda clase de bienes en el AÑO NUEVO.  
Calle 62 No. 492. Tfnos. 24-45. Enero 1º de 1942.

**1942**  
**Fausto R. Cámara**  
Artículos para Caballeros. Distribuidor de los productos Arrow y Straton. Desear al público feliz Año Nuevo.

**1942**  
**Zapateria "La Dorebad"**  
EMILIO MEDINA  
Desear a los Damos, visitantes y público en general toda clase de bienes en el AÑO NUEVO.  
Calle 63-488. Mérida, Enero 1º

**Manuel Cervantes Arana**  
REPRESENTACIONES  
Desear a sus clientes y amigos toda clase de bienes en el AÑO NUEVO.  
62-496. Tfnos. 26-48. Enero 1º 1942.

**1942**  
**La Zapateria "Marzap"**  
Carlos R Zapata  
Desear a los Damos, visitantes y público en general toda clase de bienes en el AÑO NUEVO.  
Calle 62 entre 50 y 52. Mérida, Yuc., Méx.

**"El Antero" y la Locería "México"**  
Desear a sus familiares allegados y público en general muy felices Pascuas y Año Nuevo.  
Enero 1º de 1942.  
Calle 62 entre 50 y 52. Tfnos. 24-85

**CREMANILA**  
**HOLANDA**  
Mantecquilla Especial para la mesa  
FABRICADA CON GRASA LÍQUIDA Y VEGETAL. PRODUCTO DE SUAVE... 0,024  
MÉDICA EN MÉXICO.

"RIVAN Y ALONSO"  
30-104 Itzimá, Yucatán.  
Desear a nuestros clientes, amigos y público en general PROSPERO Y FELIZ AÑO NUEVO.  
Mérida, Yuc., México. Enero 1º de 1942.

**La Sin Rival**  
(EL CAFE PREFERIDO POR LAS FAMILIAS)  
Desear muy felices Pascuas y próspero Año Nuevo a la culta sociedad meridana y público favorecedor.

**Café - Lunch - Sorbetería.**  
Nuestro prestigio está en el servicio que prestamos.  
Calle 60 No. 501. Tfnos. 28-08. Manuel Martínez.

